

El pecado contra el Espíritu Santo no será perdonado: *Non remittetur*; es decir, sólo se perdonará difícilmente y raras veces. Pero Dios, que es la voluntad y el poder mismo, puede perdonar y perdona todos los pecados, cuando el pecador tiene un arrepentimiento sincero... Este pecado no se perdonará ni en el siglo futuro: *Neque in futuro*: porque todo el que muere en pecado mortal, va al infierno, y no debe esperar ya salir de allí...

Todo pecado de malicia es contra el Espíritu Santo, dice Sto. Tomás de Aquino: *Omne peccatum ex malitia est contra Spiritum Sanctum.* (De Peccat.)

PECADO MORTAL.

El pecado es una desobediencia á la ley de Dios... ¿Qué es el pecado? dice S. Crisóstomo: es el abandono de la voluntad al demonio, es una locura á la que se entregan espontáneamente: *Est voluntarius demon, et spontanea insania.* (Moral).

¿Qué es el pecado? Es la completa degradación del hombre, su soberana miseria, el mal supremo del hombre y de Dios; porque está absolutamente opuesto al bien supremo.

El pecado no es una sustancia, no es un sér, porque todo sér es bueno. El pecado es la privación del sér...

El pecado, dice S. Agustín, es la negación del sér, es la nada: *Peccatum est non ens, peccatum est nihil.* (Sentent.)

Pecadores que os alegráis, os alegráis en la nada, dice el profeta Amós: *Laetamini in nihilo.* (VI. 14).

El pecado se llama la negación del sér, la nada: 1.º porque en el mismo hay algo vil y de ningún valor...; 2.º porque el placer del pecado pasa pronto y se desvanece...; 3.º porque el pecado conduce al que lo comete á una especie de nada, es decir á la muerte presente y eterna...; 4.º porque es la privación del sér bajo el punto de vista de la virtud, ó del bien moral; pues el pecado es un mal moral...; 5.º porque es una privación del bien; y una privación no es algo positivo, sino negativo, es decir nada...; 6.º El pecado separa al hombre de Dios, que es el Sér por excelencia, el Creador de todo, sin el cual nada existió ni viviría. De ahí se sigue que el pecado conduce á la nada.

Señor, dice S. Agustín; como nada ha podido hacerse sin vos, al hacer nosotros el pecado, que no es nada, nos hemos convertido en nada; sin vos, por quien todo ha sido hecho, nada somos. ¡Desgraciado de mí, que tantas veces me he convertido en verdadera nada! Me he hecho miserable, he sido reducido á nada, y lo he ignorado. Mis iniquidades me han conducido á la nada. Nada es bueno sin el Bien Supremo. El mal no es más que la privación del bien, así como la ceguera no es más que la privación de la luz. ¡Así pues el pecado no es nada, porque no ha sido hecho! Pero, continua S. Agustín, si no ha sido hecho, ¿cómo es un mal? Porque el mal es la privación del bien, por quien el bien ha sido hecho. Ser sin el Verbo es mal, es no ser. No hay nada sin el Verbo. Estar separado del Verbo, es estar sin camino, sin verdad y sin vida. Hé aquí por qué, sin él, es la nada, y esta nada es el mal, porque está separado del Verbo, por quien todo lo que ha sido hecho es muy bueno. Pero estar separado del Verbo, por quien todo ha sido hecho, no es más que faltar, y del hecho pasar al no hecho, puesto que sin el Verbo sólo hay nada. (*In Evang. S. Joann.*)

Por sí mismo y su naturaleza el pecado es nada, porque, al cometerlo, el hombre se une á las criaturas y pone en ellas su dicha, oponiéndolas al Creador y prefiriéndolas á él; pero, comparadas con el Creador, las criaturas no son más que la sombra del sér, y por consiguiente nada. Hé aquí, en efecto, la

esencia y el nombre de Dios: Yo soy el que soy; *Ego sum qui sum*. (Exod. III. 14). Soy el que solo posee el sér verdadero, entero; inmenso, infinito, eterno; y las criaturas participan de mí como una sombra; porque su sér es tan pobre, tan variable, tan frágil, tan rápido, tan inestable, que, comparado con el mio, debe llamarse nada ántes que sér. Así pues, como las criaturas no tienen el verdadero sér, tampoco tienen el verdadero bien, sino sólo la sombra del bien; porque el sér real y el bien van juntos. A tal sér y á tal grado de sér corresponde tal bien y tal grado de bien: el bien, en efecto, es propiedad íntima del sér. El verdadero bien, como el verdadero sér, pertenece sólo á Dios, y no al hombre. Por eso Dios es llamado en la Escritura, único sabio, único poderoso, único inmortal, único Señor, único bueno, único grande, único justo, único piadoso, único glorioso, porque él solo tiene la sabiduría, el poder, la inmortalidad, la dominación, la bondad, la grandeza, la justicia, la santidad y la gloria verdaderas, infinitas é increadas.

Cifrando su dicha en las criaturas, y no en el Criador, el pecador se alegra de una sombra, de la nada: *Laelamini in nihilo*. Pero ¡qué grandes parecen al hombre ciego las criaturas en las tinieblas de esta vida! Al ponerse el sol, las sombras que proyectan las montañas crecen, llegan á ser colosales; y así tambien cuando Dios desaparece, las sombras que proyectan las cosas de la tierra se agigantan, y el mundano las admira y las persigue; pero pronto halla el desengaño; imita al perro de Esopo, que al ver reflejado en el agua el pedazo de carne que llevaba en la boca, lo soltó para coger aquello que no era más que una sombra; y lo perdió todo...

¿Qué es el pecado? Es un dulce veneno que da una muerte llena de amarguras..., es una gota de miel venenosa que se convierte en un océano de hiel..., es una herida á la que no se puede sobrevivir..., es una fiebre acompañada de delirio, que mata pronto..., es la pérdida del alma..., es el más temible enemigo del hombre... El pecado, dice S. Agustín, es la causa de todos nuestros males; *Malorum omnium nostrorum causa peccatum est*. (De Morib.)

El muerto, dice Ambrosio, es preferible al vivo, porque ha cesado de pecar, y el que no ha nacido es preferible al que ha muerto, porque no ha pecado nunca: *Mortuis profertur viventi; quia peccare desinit; mortuo profertur qui natus non est, quia peccare nescivit*. (Serm. V).

Generacion y familia del pecado.

El libre albedrío puede llamarse padre del pecado, y la concupiscencia habitual su madre; reunidos, dan nacimiento á todos los crímenes. O bien el pecado no está más que medio formado; y es comparable á un embrión, y entonces es pecado venial; ó bien está enteramente formado, y entonces es pecado mortal cometido con deliberacion y voluntad plena. El hijo primogénito del pecado es la muerte presente y la futura y eterna, porque el pecado engendró á la que debía castigarle.

Bajo otro punto de vista, el primer padre del pecado es Lucifer en el Cielo, y la serpiente en el Paraíso terrenal. Sus primogénitos son el pecado de los ángeles y el pecado original.

El primer hombre, Adán, cometió ocho pecados.

Adán cometió ocho pecados: 1.º pecado de orgullo, prefiriendo ser dueño de sí mismo á quedar sometido al poder divino...; 2.º pecado de exagerada com-

placencia por su esposa, que le presentó la fruta prohibida, y á la que no quiso desairar...; 3.º pecado de curiosidad...; 4.º pecado de incredulidad, no dando fe á las amenazas de su Criador...; 5.º pecado de presunción, considerando ligera la prohibicion terminante que se le habia hecho...; 6.º pecado de gula...; 7.º pecado de desobediencia...; 8.º pecado de poca sinceridad, excusándose, en vez de confesar humildemente su falta... Hé aquí el origen de todos los males que inundan el universo desde hace seis mil años...

La voluntad es tan esencial para cometer un pecado, que si ésta falta no hay pecado, dice S. Agustín: *Peccatum ita in sua essentia includit voluntarium, ut si hoc desit, desinat esse peccatum*. (Lib. I. retract. XV).

Cese la propia voluntad, dice S. Bernardo, y no habrá infierno: *Cesset voluntas propria, et infernus non erit*. (Serm. de Resurrect.)

Rechazamos lejos de vosotros las secretas vergüenzas, dice S. Pablo á los corintios: *Abdicamus occulta dedecoris*, (II. IV. 2). La torpeza ama las tinieblas...

Oid á Séneca, el filósofo pagano: Aun cuando, dice, supiese que los hombres habian de ignorar y Dios perdonármelo, no quisiera cometer el pecado, por la misma indignidad de semejante acto: *Etiamsi scirem homines ignoraturos, et Deum ignosciturum, tamen peccare nollem ob peccati turpitudinem*. (In Prov.)

El pecado encierra muchas vergüenzas y muchos males: los comprende á todos, y sin embargo tiene cinco que le son propios: 1.º Es contrario á la recta razon, á la que deshonra... 2.º Cada pecado está opuesto á tal virtud en particular, y hasta puede decirse que cada pecado ataca todas las virtudes á la vez. Y es muy cierto, que las virtudes son el bien y la perfeccion de los hombres y de los ángeles... 3.º Ya en la tierra, el pecado atrae sobre el que lo comete una infinidad de males, la deshonra, las enfermedades, los castigos, etc... 4.º es una ofensa cometida contra Dios, el soberano mal de la Divinidad, á quien insulta y provoca... 5.º El pecado nos priva de la vida eterna... Los teólogos demuestran muy bien que despues del acto del pecado queda en el alma una mancha asquerosa y habitual, que la hace infame y abominable á los ojos de Dios...

Hay más de un punto de semejanza entre la calentura del cuerpo y del pecado, que es la calentura del alma. 1.º La calentura debilita el cuerpo; y el pecado debilita el alma... 2.º La calentura agita la sangre y los humores; y el pecado agita los pensamientos y los afectos... 3.º Se conoce la calentura por el desarreglo del pulso; y el estado del pecado se revela por las preocupaciones y cuidados que se apoderan del hombre... 4.º La calentura ocasiona una sed ardiente, y el alma pecadora está abrasada por los deseos de la concupiscencia y el fuego de las pasiones... 5.º La calentura empieza por escalofríos, y acaba por un calor intenso; y la calentura del alma da principio con la tibieza, la negligencia, la pereza y la inercia, y siguen luego el desarrollo y los ardores de la pasion, etc... 6.º La calentura da mal sabor; y el pecado quita el gusto de la oracion, de la mortificacion y de los Sacramentos... 7.º La calentura quita

El pecado está en la voluntad.

El pecado es horrible y vergonzoso por sí mismo.

El pecado es una fiebre.

al hombre la fuerza, la hermosura y la razón; y el pecado produce los mismos efectos... 8.º La calentura hace sufrir cruelmente; y el pecado lo mismo... 9.º Un acceso de fiebre sucede á otro acceso; y el alma, poseída de la fiebre del pecado, va de caída en caída.

El pecado es una parálisis.

El pecado puede compararse á la parálisis. Efectivamente: 1.º La parálisis ata el cuerpo, si así podemos decirlo; y el pecado encadena el alma... 2.º La parálisis impide todo movimiento de los nervios y de los músculos; y el pecado pone obstáculo á los movimientos de la gracia y de la voluntad... 3.º La parálisis es consecuencia de la apoplejía; la inmovilidad del alma en el mal es la consecuencia del pecado, que también podemos llamar apoplejía del alma... 4.º Con la parálisis el cuerpo viene á ser un peso inerte; y con el pecado el alma está sujeta á un peso que la agobia... 5.º La parálisis es un mal casi incurable; muchas veces también el estado en que el pecado reduce al alma viene á ser como incurable por la mala voluntad del pecador, por su obstinación en no corregirse y la privación de las gracias...

El pecado es un fuego.

El pecado puede también compararse al fuego. En efecto: 1.º De la misma manera que el fuego endurece ciertos cuerpos, y hiere y consume otros, el pecado hiere, endurece y consume el alma; el pecado mortal se parece al hierro candente, cuyo sólo contacto quema de una manera profunda... 2.º El fuego produce llamas; el pecado desenvuelve las llamas de las codicias, de la ira, del odio y de la lujuria..., enciende el fuego de la ira y de la venganza divinas..., y da nacimiento al fuego del infierno...

Hé aquí, exclama Isaías, hé aquí que, habiendo encendido el fuego (del pecado), estais rodeados de llamas; marchad á la luz del incendio que habeis producido y en medio de las llamas que habeis hecho nacer: *Ecco vos accendentes ignem, accineti flammis, ambulabate in lumine ignis vestri, et in flammis, quas succendistis.* (L. 11).

El pecado mortal es un adulterio.

Cometiendo el pecado, el alma, que era y debía ser esposa de Jesucristo, le rechaza; cede á las sugerencias del demonio; es adúltera, y se sustituye al enemigo mortal de Dios y de los hombres, adúltero él también desde el principio. ¡Qué abominación! ¡Arrebatad nuestra alma á Jesucristo, esta alma que la rescató con el precio de toda su sangre, y entregadla al demonio y prometedla al infierno! ¡Qué tenebris!...

El pecado mortal es una idolatría.

El hombre que vive en pecado mortal abandona al verdadero Dios: elige otra Divinidad; á quien adora. Esta Divinidad es él mismo, es su propia voluntad, son las criaturas. El avaro adora el oro y la plata, el impúdico la carne, etc., el pecador se hace esclavo de las pasiones más viles y degradantes... ¡O funesta idolatría!...

Habeis manchado mi tierra, dice el Señor por boca de Jeremías; habeis convertido mi herencia en un lugar de abominación: *Contaminastis terram meam, et hereditatem meam posuistis in abominationem.* (II. 7). Mi pueblo ha cambiado por un ídolo lo que constituye su gloria: *Populus meus mutavit gloriam suam in idolum.* (Id. II. 11); O Cielos, enmudeced de estupor; puertas del

Cielo, sea profunda vuestra desolación: *Obstupescite, Caeli, super hoc, et portae ejus desolamini vehementer.* (Id. II. 12). Mi pueblo ha cometido dos males: me ha abandonado á mí, que soy el manantial de agua viva, y ha practicado para sí algibes, algibes rotos que no pueden contener las aguas: *Duo mala fecit populus meus: me derelinquerunt, fontem aquae vivae, et foderunt sibi cisternas, cisternas dissipatas, quae continere non valent aquas.* (Id. II. 13).

Abandonando á Dios, manantial de vida, todo pecador busca aguas cenagosas y corrompidas. Efectivamente en todo pecado mortal hay: 1.º alejamiento de Dios, que es el bien increado é infinito, y afección á los bienes perecederos...; 2.º desprecio de Dios, y amor á las criaturas...; 3.º abandono de Dios como último fin, y sustitución de las criaturas al Creador para ser nuestro último y supremo bien. ¿No es esta la más insolente, monstruosa y criminal de todas las idolatrías?...

Israel se rebajó hasta Baal, y murió, dice Oseas: *Israel deliquit in Baal, et mortuus est.* (XIII. 1).

El pecado mortal es el soberano mal de Dios, del ángel, del hombre, de todas las criaturas, y hasta del infierno y de los condenados, dice Balduino; pues un nuevo condenado aumenta el padecimiento y el castigo de los que le han precedido en las llamas eternas, pidiendo el uno y atormentando el otro. (*In Psalm.*)

Pecando mortalmente, dice S. Jerónimo, no sólo merecemos sufrir la ira de Dios, sino que insultamos á todas las criaturas, y las sublevamos contra nosotros. (*Lib. de Similit., c. CI.*)

Por esto asegura la Escritura que en el gran día de las venganzas todo el universo combatirá con Dios contra los insensatos pecadores: *Pugnabit cum illo orbis terrarum contra insensatos.* (Sap. v. 21).

Los pecadores se apartan de Dios, y Dios se aparta de ellos. Señor, dice el Salmista, hé aquí que todos los que se alejan de vos perecerán; habeis conducido á su pérdida á todos los que son para vos adúlteros: *Ecco qui elongant se a te, peribunt; perdidisti omnes qui fornicantur abs te.* (LXXII. 27). Vuestra mano los ha cortado, como aquellos heridos de muerte que duermen en el sepulcro, y que borrasteis de vuestro reenero: *Sicut vulnerati dormientes in sepulchris, quorum non est memor amplius; et ipsi de manu tua repulsi sunt.* (LXXXVII. 5).

Aunque quedásemos impunes, pecar fuera sufrir un gran suplicio, dice san Crisóstomo, porque el pecado nos separa de Dios. El que peca es el más desgraciado de los hombres: es tanto más desgraciado, cuanto ménos castigado es y ménos tiene que sufrir (1).

Si no pecamos, Señor, dice la Sabiduría, sabemos que estamos cerca de vos: *Si non peccaverimus, scimus quoniam apud te sumus computati.* (XV. 2); pero, si pecamos, nos apartamos de vos...

(1) Magnum supplicium est peccare, etiamsi non puniamur, peccata enim non a Deo separant. Peccata omnium est miserum; et tunc maxime miser, cum non punitur, et grave nihil patitur. (*Homil. ad pop.*)

El pecado mortal es el supremo mal de Dios, de los hombres y de todas las criaturas.

El pecado mortal aparta de Dios.

Vuestros crímenes han levantado una barrera entre Dios y vosotros, dice Isaías; vuestros pecados os han ocultado su rostro, é impiden que seáis oídos: *Iniquitates vestrae diviserunt inter vos et Deum vestrum: et peccata vestra absconderunt faciem ejus a vobis, ne exaudiret.* (LIX. 2).

Nos habeis rechazado, Señor, dice Jeremías, y vuestra ira se ha encendido contra nosotros de una manera terrible: *Projiciens repulistis nos, iratus est contra nos vehementer.* (Lament. v. 22).

La santidad está en oposición con el pecado; y la santidad por esencia, que es Dios, lo abomina. Amando la santidad con un amor infinito, detesta también con ódio infinito el pecado mortal...

El pecado mortal es una desobediencia grave. El carácter de la rebelión del pecador queda de manifiesto en las siguientes palabras de Jeremías: esto dice el Señor: Paraos en los caminos, y ved, y preguntad sobre las sendas antiguas, cuál será el camino bueno; y emprendedlo; así hallareis refrigerio para vuestras almas. Pero me respondieron: No andaremos. Y puse sobre vosotros atalayas, y os dije: Oid la voz de la trompeta. Y ellos respondieron: No la escucharemos (1).

Desde el principio, añade el Señor, habeis quebrantado mi yugo, rompisteis mis ataduras, y dijisteis: No servirá: *A seculo confregistis jugum meum, rupisti vincula mea, et dixisti: Non serviam.* (Jerem. II. 20).

La ley os prohíbe tal ó cual infracción; y vosotros decís: Quiero cometerla... Os manda tal ó cual acto, y decís: No quiero hacerlo: *Non serviam.* Vuestro Creador os invita á andar por la senda de sus mandamientos, y le replicais con una negativa: *Non ambulabimus.* Quiere hacer llegar á vosotros su voz; pero persistís, y no queréis escucharle: *Non audiemus.*

Dios ha dado preceptos al hombre; pero el pecador obstinado responde á cada uno de los mandamientos del Decálogo: *Non serviam, non serviam...*

Pecadores, Jesucristo quiere reinar sobre vosotros con su ley, con su gracia y con su gloria; pero, semejantes á los judíos malditos, respondeis: No queremos que éste reine sobre nosotros: *Nolumus hunc regnare super nos.* (Luc. XIX. 14).

El pecado desgarró la ley de Dios. Con el pecado mortal, el hombre destruye la ley, según la expresión de un profeta: *Lacerata est lex.* (Habac. I. 4). La desconoce, la desprecia, la pisotea y la burla; se ríe de las amenazas y de las promesas de Dios...

El pecado mortal es desprecio para Dios. Cada vez que cometemos un pecado de pensamiento, de palabra y de acción, dice S. Agustín, destruimos el templo de Dios, é injuriamos al que habita en nosotros (2).

Con la preferencia que concede á las criaturas, el pecador manifiesta á

(1) *Hæc dicit Dominus: Stans super vias, et videte, et interrogato de semitis antiquis, quæ sit viæ bona, et ambulabite in ea; et invenietis refrigerium animabus vestris. Et dixerunt: Non ambulabimus. Et constitui super vos speculatores. Audite vocem tubæ. Et dixerunt: Non audiemus (VI. 16-17).*

(2) *Quoties aliquod peccatum, aut cogitando, aut loquendo, aut operando perficimus, templum Dei destruimus, et ei qui in nobis habitat, injurias irrogamus. (Lib. I. Retract., c. XV).*

Dios un soberano desprecio y renueva el crimen de que se hicieron culpables los judíos al dar preferencia á Barrabás sobre Jesucristo: *Non hunc, sed Barrabam.* (Joann. XVIII. 40). ¿Puede darse extravió é insulto mayores que preferir el mal al bien, el vicio á la virtud, la tierra al Cielo, un sucio deleite á las puras delicias de la gracia, y la nada á Dios?

Dios por boca de Isaías se queja amargamente de tal conducta: ¿A quién me habeis comparado, dice; á quién me habeis igualado? *Cui assimilastis me et adequastis, dicit sanctus?* (XL. 25).

¡Desgraciados, desgraciados de vosotros los que me despreciáis! añade también. ¿No seréis á vuestra vez desgraciados? *Væ qui spernis; nonne et ipsi sperneris?* (Isaí. XXXIII. 4).

Cielos, escuchad; tierra, dadme oído, exclama el mismo profeta; el Señor ha hablado: He alimentado á hijos, los he educado, y me han despreciado. El toro conoce á su dueño, el asno su establo; pero Israel me ha desconocido (1).

El que me desprecia tiene quién le juzgue, dice Jesucristo: *Qui spernit me, habet qui judicet eum.* (Joann. XII. 48).

Dios es nuestro Creador, nuestro Redentor, nuestra providencia y nuestro El pecado mortal es una negra ingratitude para con Dios. nos colma de bienes temporales y espirituales...; nos promete una gloria y una dicha que no tendrán término. Pero, lejos de manifestarse el pecador reconocido, se hace reo de la más negra ingratitude, y se vale de los mismos dones de Dios para ultrajarle...

No sólo conspira el pecador contra la ley de Dios; declara la guerra al mismo Dios...; desnuda su espada, tiende su arco, y lanza sus flechas contra el Omnipotente...

¡Insensato! ¡criminal soldado de Satanás! Tu jefe quiso también luchar contra Dios. ¿Cuál fué su suerte? Vencido, humillado, maldito, fué precipitado para siempre en las profundidades del infierno. ¡Oh! No imites al demonio, si quieres evitar tu irremediable desgracia...

El pecado mortal es cierto deicidio. Si Dios pudiese morir, moriría por el El pecado mortal trata de aniquilar á Dios. dario envenenado del pecado... El pecador mata á Dios, cuando menos, con su deseo, dice S. Crisóstomo: *Peccator, quantum ad voluntatem suam, Deum perimit.* (Homil. ad pop.) El pecado mortal es el aniquilamiento de Dios, dice Sto. Tomás: *Peccatum est annihilatio Dei.* (De peccat.)

Repítamlo: si el poder del pecador correspondiese á su voluntad perversa, destruiría á Dios... Pero no pudiendo aniquilarle, ni en su esencia, ni en el Cielo, ni en sus obras, le aniquila al menos en su propio corazón...; pues desea que no haya Dios, porque quisiera que no hubiese ley ni justicia...

Cuando el Hijo de Dios vino á la tierra, ¿no le crucificaron?... Si Jesucristo pudiese sufrir todavía, el pecado mortal le daría la muerte...

(1) *Audite, Cæli; et auribus percipe, terra; quoniam Dominus locutus est: Filios entreivi, et exallavi; ipsi autem spreverunt me. Cognovit hos possessorem suum, et asinus proseppe domini sui: Israel autem me non cognovit. (1-2-3).*

Desgraciados pecadores, ¿pensáis que cada vez que pecáis crucificais de nuevo al Hijo de Dios dentro de vosotros mismos, según dice S. Pablo? *Rursus crucifigentes sibi metipsis Filium Dei.* (Hebr. VI. 6).

O hombre, exclama S. Agustín, reconoce lo que vales y lo que debes. Considerando la gran dignidad que te ha conferido la redención, aprende a temer el pecado y a huir de él. Mira que por el impío la Piedad fué azotada, por el insensato la Sabiduría fué burlada, por el mentiroso se sacrificó la Verdad, por el culpable fué condenada la Justicia, por el insensible fué herida la Misericordia, por el perverso la Pureza bebió viñagre, y la Dulzura fué embriagada con hiel, la Inocencia ocupó el lugar del verdadero criminal, y la vida murió para resucitar al que había muerto. (*De Passione*).

El pecado mortal es por su naturaleza irreparable.

La malicia de un solo pecado mortal es tanta, es un ultraje tan grande hecho á la majestad infinita, que todas las oraciones, humillaciones, austeridades, alabanzas y adoraciones de los Santos y de los ángeles serían impotentes para expiar un solo pecado mortal. Por su naturaleza, el pecado mortal es un mal irreparable. Un ejemplo nos lo hará comprender. Cuando Nabucodonosor hizo arrojar en el horno encendido á los tres jóvenes hebreos, los quemó en lo que de él dependía, aunque Dios los haya salvado. Así también, cuando cometemos un pecado mortal, damos la muerte á nuestra alma; y aunque Dios pueda resucitarnos, nos hacemos, sin embargo, acreedores á nuestra condenación eterna; en una palabra, apagamos la vida hasta su último destello. Es preciso considerar lo que produce el pecado, y no lo que puede la omnipotencia del Señor. El que renuncia una vez á Dios, renuncia á él para siempre; porque es propio de la naturaleza del pecado hacer eterna, en lo posible, nuestra separación con Dios.

Habiendo el hombre caído en el pecado mortal, no podía esperar de sí mismo, ni de los ángeles, ningún remedio que pudiera devolverle el estado de inocencia y los bienes que había perdido. Entonces, en su misericordia, el Hijo de Dios, la Sabiduría increada, por quien todo fué hecho, tomó una resolución maravillosa, inefable, incomprensible para los ángeles y los hombres, se unió á nuestra naturaleza, y en ella y por ella reparó el género humano, ya degradado por completo.

El pecador quisiera vivir siempre para pecar siempre.

Ningún hombre desea ver el término de su felicidad; y el pecador cifra su dicha en el pecado...

Si los pecadores pudiesen, dice S. Gregorio, vivirían siempre para no dejar de pecar. Manifiestan que tal es su disposición, no cesando de pecar, sino cuando cesan de vivir. No digan pues: ¿A qué un castigo eterno? Es propio, añade el mismo padre, es propio de la justicia del Sér supremo no poner jamás término al suplicio de aquellos que en esta vida no han querido jamás estar sin pecado (1).

(1) *Voluissent, si potuissent, sine fine vivere, ut potuissent sine fine peccare. Ostendunt enim quia in peccato semper vivere cupiunt, qui nunquam desinunt peccare dum vivunt... Ad magnam ergo iustitiam iudicantis pertinet, ut nunquam cessant supplicio, qui in hac vita nunquam voluerunt cessare peccato.* (*De penit.*, can. LX).

Estudiado bajo el verdadero punto de vista, el pecado es peor que la muerte, el pecado mortal es peor que la reprobación y que el infierno, porque el pecado es en sí mismo una mancha, un mal, en tanto que la muerte, la reprobación y el infierno no son más que la pena del pecado. El infierno no es un mal, es un justo castigo: lo que es un mal es lo que conduce al infierno, es decir, el pecado.

Si viese por una parte el pecado mortal, y por otra el infierno, dice san Anselmo, y me viese en la necesidad de elegir entre ambas causas, preferiría arrojarle al infierno antes que cometer el pecado (1).

Hijo mio, dice el Eclesiástico, huye del pecado como del aspecto de una serpiente; porque, si te acercas, te cogerá. Sus dientes son los del león, matan las almas: *Fili, quasi a facili colubri fuge peccata; et si accesseris ad illa, suscipient te dentes leonis, dentes ejus, interficientes animas hominum* (XXI. 4-3). El Espíritu Santo compara el pecado con la serpiente venenosa, cuyas acometidas son ocultas y mortales. Compara sus efectos á los que producen los dientes del león, que despedazan y triturán sin dejar nada de la víctima de que se han apoderado...

Quando presentaron al anciano patriarca Jacob la túnica ensangrentada de su hijo José, exclamó: Una fiera cruel te ha devorado; una fiera ha devorado á José: *Fera pessima comedit eum; bestia devoravit Joseph* (Gen. XXXVII. 33). Lo mismo hace el pecado mortal...

El jabalí de la selva ha arrancado vuestra viña, Señor, dice el Salmista; una bestia salvaje la ha destruido: *Exterminavit eam aper de silva; et singularis ferus depastus est eam.* (LXXIX. 14).

Este cuadro es una alusión al estado en que se encuentra el alma en pecado mortal...

Han sido exterminados por la multitud de animales feroces, dice la Sabiduría: *Per multitudinem bestiarum exterminati sunt.* (XVI. 4). Cuantos pecados mortales, hábitos culpables y pasiones tiránicas, otros tantos animales feroces que se arrojan sobre el alma y la desgarran...

Toda iniquidad es una espada de dos filos; sus heridas son incurables, dice la Escritura. *Quasi romphaea bis acuta omnis iniquitas; plagæ illius non est sanitas.* (Eccli. XXI. 4).

Después de haber el Espíritu Santo comparado el pecado con la serpiente, el león y el jabalí, lo compara ahora con una espada de dos filos.

El pecado mortal mata el alma para siempre, y algunas veces también el cuerpo...

Quando el alma, compañera de los Santos y de los ángeles, y esposa de Jesucristo, peca mortalmente, baja de las alturas del Cielo y se precipita en la cloaca inmundada; vive entre las bestias impuras y los reptiles venenosos, se

El pecado mortal es peor que el infierno.

El pecado mortal es comparado con la serpiente y el león.

El pecado mortal es comparado á una espada de exterminio.

El pecado mortal es la más terrible de todas las caídas.

(1) *Si hinc inferni ardorem, inde peccati horrorem cererem, ac necessario alterutrum mihi eligendum foret, mallem in infernum insilire, quam peccatum committere.* (*Lb. de Similit.*, c. CXC).

arrastra por el cielo, y de él se alimenta. Por el contrario, el alma exenta de pecado mortal es un Cielo cuya inteligencia es el sol, cuya fe, y cuya continencia es la luna, y cuyas demás virtudes son las estrellas. Todas las virtudes brillan en medio de las adversidades de este siglo, como los astros en el firmamento durante la noche, dice S. Bernardo. (*Serm. in Psal.*)

El pecador es el más cruel enemigo de sí mismo.

El pecador se hiera á sí mismo, dice S. Crisóstomo: *Nemo laeditur nisi a seipso.* (Homil. ad pop.)

El pecado es el mal supremo de la naturaleza del hombre y de la sociedad. Ni el hombre, ni el demonio, ni el mismo Dios pueden hacer tanto daño al hombre como él mismo se hace cuando comete un pecado mortal...

Dios, dice S. Agustín, impuso á los pecados una ley tal, que lo que ha hecho el placer del pecador sea entre las manos del Señor un instrumento de castigo: *Deus ipsa peccata sic ordinat, ut que fuerunt delectamenta homini peccanti, sint instrumenta Domini punienti.* (Lib. Confess.)

Cada uno está atormentado por lo que ha pecado, dice la Sabiduría: *Per que peccat quis, per haec et torquetur.* (XI. 17). Cada vicio trae consigo una pena que le es propia... Lo habeis ordenado, Señor; y así es, dice S. Agustín; todo espíritu desarreglado es el castigo de sí mismo: *Iussisti, Domine, et ita est, ut sibi pena sit omnis inordinatus animus.* (Lib. Confess.)

Del principio del pecado deriva el suplicio que lo espera, dice S. Crisóstomo: *Unde est fons peccati, illinc est plaga supplicii.* (Homil. ad pop.)

Las cosas de que abusamos por el pecado se convierten ordinariamente en azotes para el pecador, dice el abate Ruperto: *Plerumque ea in quibus peccamus, sunt flagella peccantium.* (De peccat.)

Han sido perseguidos por sus propias obras, dice la Sabiduría: *Persecutionem passi ab ipsis factis suis.* (XI. 21).

El que comete un pecado mortal, dice S. Paulino de Nola, convierte su vida en una especie de molino, donde muele el trigo del enemigo para alimentar al demonio, cuyo delicioso pan llega á ser su alma hambrienta: *Qui peccatum operatur, de malo vitæ suæ hostile triticum molit, ut diabolus pascatur, cui panis fit anima, que sibi fames est.* (Epist. IX).

Los que se abandonan al pecado y á la iniquidad son enemigos de su alma, dice Tobias: *Qui faciunt peccatum et iniquitatem, hostes sunt animæ suæ.* (XII. 10).

Las iniquidades del impío son una red tendida bajo sus pasos, dicen los Proverbios, y sus pecados son cuerdas que le atan: *Iniquitates suæ capiunt impium, et funibus peccatorum suorum constringitur.* (v. 22).

Cuando se vive en el pecado, la vida llena de la nobleza de la virtud, que es la verdadera vida, desaparece. La especie de vida que queda no es más que una muerte con apariencias de vida...

El pecador, dice S. Gregorio, pierde la vida feliz, ya por causa del vicio, ya por las penas unidas al vicio: *Peccator beate vivere, sive per vitium, sive per supplicium, perdit.* (Lib. Moral.)

El pecado, dice S. Juan Damasceno, es la muerte del alma inmortal: *Peccatum est immortalis animæ mors.* (Surius, in ejus vita).

Todo pecador que se abandona á las pasiones vanas y brutales, llega á ser vano y semejante á los brutos...

El pecado, dice Sto. Tomás, es llamado vanidad, porque: 1.º elegirlo es elegir un bien fantástico; 2.º pedirle duración es pedirle á una cosa esencialmente transitoria; 3.º esperar de él algún buen resultado es correr á una decepción; y 4.º aficionarse á él es infructuoso; pues el pecador puede aplicarse aquellas palabras de Isaías: He trabajado en vano y sin causa; he gastado mis fuerzas para alcanzar un fin que me ha engañado (1).

Las siguientes palabras de Isaías pueden tambien apropiarse á todo el que comete la iniquidad: El pecado nos ha conducido en medio del desierto, en medio de una tierra inhabitable y sin camino; tierra donde la sed espera al viajero, y que es la imagen de la muerte; tierra que el hombre valeroso no ha pisado, y en la que jamás ha levantado su tienda: *Traducit nos per desertum, per terram inhabitabilem et inviam, per terram sitis, et inaginem mortis, per terram in qua non ambulavit vir, neque habitavit homo.* (II. 6).

El pecador que abandona á Dios y pone su esperanza en el hombre y en el pecado, 1.º no verá cumplidas sus esperanzas de bienestar...; 2.º no producirá ningún fruto...; 3.º se verá privado del celestial rocío de la gracia y de la sabiduría...; 4.º permanecerá abandonado de Dios y de los hombres...; 5.º estará expuesto á la venta como un esclavo, y comprado por los demonios y las pasiones tiránicas.

El pecador, dice en otra parte Jeremías, tendrá la muerte del zarzal del desierto; no conocerá refrigerio, sino que permanecerá, al contrario, en medio de la aridez del desierto, en una tierra cubierta de sal é inhabitable: *Erit quasi myrica in deserto, et non videbit, cum venerit, bonum; sed habitabit in siccitate in deserto, in terra saluginis et inhabitabile.* (XVII. 6). Observad los tres efectos del pecado que indica el profeta: 1.º el desierto, es decir, el alejamiento del auxilio y de la sociedad de Dios, de los ángeles y de los Santos; 2.º la sequedad, es decir, la carencia de gracias, de virtud y de fuerzas; 3.º la esterilidad, pues el pecador no produce buenas obras...

Jerusalén, añade el mismo profeta, Jerusalén se ha sumergido en su pecado; y por esto ha sido víctima de la inestabilidad; todos los que la glorificaban, la han despreciado, porque han visto su ignominia: *Peccatum peccavit Jerusalem; propterea instabilis facta est: omnes qui glorificabant eam, spreverunt illam, quia viderunt ignominiam ejus.* (I. 8).

La primera causa de la inestabilidad del pecador es su alejamiento de Dios...; la segunda causa es la inconstancia natural del corazón del hombre que, vasitísimo y capaz de mucho, alimenta una infinidad de deseos. Pero, por la misma razón, ninguna criatura, ninguna pasión, ningún placer, ninguna cosa limitada, mezquina y vil, puede llenarlo ni saciarlo: necesita á Dios; y el pecador no lo tiene... el alma racional, dice S. Bernardo, puede ocuparse de todo lo que no es Dios; pero no puede satisfacerse: *Animæ rationalis cæteris omnibus occupari potest, repleti omnino non potest.* (Serm. in Cant.) La 3.ª causa de la inestabilidad del pecador proviene de que todos los deleites creados que per-

(1) Peccatum dicitur vanitas: 1.º, quia phantasticum est intelligendo; 2.º, quia transitorium est in permanendo; 3.º, quia fallax est in expectando; 4.º, quia infructuosum est in consequendo, ut recte usurpent illud Isaie: (XLIX. 4) in vacuum laboravi, sine causa, et vana fortitudinem meam consumpsi. (De Peccat.)

sigue, son ligeros, fugitivos y van mezclados de mucha miel y tormentos. Por esto, de deseos en saciedad, y de saciedad en deseos, anda el infeliz vagabundo en pos de la dicha, ó al menos del descanso, que no encuentra. La 4.^a causa de la inestabilidad del pecador es que, de la misma manera que una virtud trae otra, un vicio trae tambien otro vicio... La 5.^a causa es que los remordimientos de la conciencia no le permiten al pecador saborear un momento de paz. El remordimiento hizo que Cain anduviese errante y vagabundo. (*Gen. IV. 14*). La 6.^a causa es que el pecador se ve agitado por una multitud de deseos perversos; de tal manera, dice S. Ambrosio, que el pecado puede ser considerado como un ardor desmedido y una fiebre abrasadora del alma. (*Serm. XIV*). La 7.^a causa es que, con el pecado, el alma justa pierde su virginidad, es decir, su inocencia, y llega á prostituirse: por esto busca por todas partes amantes tan vanos y engañosos como ella. ¿No es evidente que el pecador es el mortal enemigo de sí mismo?

El pecado arrebató al hombre todos los bienes: 1.^o le arrebató la gracia.

El pecado mortal hace perder al alma la gracia justificante, que es el más precioso de los tesoros...

La gracia es el principio de la gloria... Aquel, dice Jesucristo, que beba el agua que le daré, jamás tendrá sed. El agua que le he de dar, será para él una fuente que brotará durante la vida eterna. *Qui biberit ex aqua, quam ego dabo ei, non sitiet in eternum. Sed aqua, quam ego dabo ei, fiet in eo fons aque salientis in vitam eternam* (Joann. IV. 13-14). Dios se comunica al alma por medio de la gracia, y por esta comunicacion eleva el alma hasta sí, la transforma y la diviniza...

Jesucristo anda sobre las aguas, sostiene á Pedro, calma la tempestad, y en un instante hace tocar la barca á la ribera. Con su gracia, aquel divino Salvador obra en nosotros análogas maravillas; nos ayuda á despreciar el siglo, calma las tempestades de la concupiscencia y de las tentaciones, y nos lleva al puerto de la salvacion eterna.

Cuando Dios baja á una alma por medio de la luz de su gracia, aquella alma se derrite como la cera al fuego. Lloro su extravío, se inflama, se dulcifica, y se abandona á los cuidados de su celestial esposo. Entónces caen las montañas de su orgullo, desaparecen las de su ambicion y vanidad, así como los estrechos valles de la cobardía, del temor, de la tibieza y de la pureza...

La gracia es la que hace meritorias todas nuestras obras.

¡Oh! si conociésemos el precio de la gracia y todas sus ventajas ¡con qué ardor la deseáramos y trabajaríamos para conseguirla, conservarla y aumentarla en nosotros!...

La gracia, 1.^o ahuyenta todo pecado mortal...; 2.^o hace que el hombre sea agradable á Dios...; 3.^o le confiere la rectitud y la santidad...; 4.^o nos convierte en hijos adoptivos de Dios, herederos suyos, coherederos y miembros de Jesucristo...; 5.^o trae consigo todas las virtudes y los siete dones del Espíritu Santo...; 6.^o asegura posesion de la gloria...; 7.^o es principio y causa de la satisfacion por los pecados cometidos, y preservativo que los hace evitar...

La gracia tiene por 1.^{er} fruto la paz... por 2.^a la esperanza de la gloria... por 3.^a la grandeza de alma y la alegría en las adversidades... Compa-

radas con la gracia, todos los diamantes del oriente, todas las coronas de los reyes y todo el oro del mundo no tienen más valor que algunos granos de arena, dice la Sabiduría: *Omne aurum in comparatione illius, arena est exigua*.

Y un sólo pecado mortal destruye y aniquila esta gracia inestimable... ¡Qué pérdida!... ¡qué desgracia!...

El pecado mortal convirtió el ángel más ricamente dotado, el de más deslumbrante hermosura y más dichoso, en el más pobre, más horrible y más miserable demonio...

2.^o El pecado mortal destruye la hermosura del alma.

Toda la hermosura de la hija de Sion ha desaparecido, exclama Jeremias llorando: *Et egressus est a filia Sion omnis decor ejus*. (Lament. I. 6).

¿Qué cosa más hermosa que el alma creada á imagen de Dios, llena de sublimes facultades, capaz de conocer, amar y servir á su Criador y de poseer la gloria eterna?...

Cuando se halla en estado de gracia habitual, el alma es más resplandeciente que las estrellas y que el mismo sol. Si pudiésemos ver su incomparable hermosura, quedaríamos sorprendidos, y la tomaríamos por una Divinidad, porque tiene la misma hermosura de Dios...; pero cuando tiene la desgracia de caer en un solo pecado grave, ¡qué horrible transformacion se verifica en ella! Toda su hermosura desaparece en un momento, y á los ojos de Dios es más repugnante y degradada que los innobles salvajes para el hombre civilizado. ¿Qué digo? Es mil veces más horrible que el cadáver medio roído por los gusanos, que espasme la corrupcion en derredor suyo. Si pudiésemos verla, haría morir de espanto á todos los que la contemplasen.

La sabiduría, dice la Escritura, no entrará en el alma que quiere el mal; no 3.^o El pecado mortal ahuyenta la sabiduría.

habitará en el cuerpo esclavo del pecado: el Espíritu Santo se retirará ante la iniquidad: *In malevolam animam non introibit sapientia, nec habitabit in corpore suo peccatis. Spiritus Sanctus corripietur a superveniente iniquitate*. (Sap. I. 4-5).

Si la sabiduría reina en el alma exenta de pecado mortal y la rige, la locura dirige al hombre que se abandona al pecado.

Supongamos que una sola persona reúne todas las virtudes; que desde veinte, treinta y hasta cincuenta años haya crecido en perfeccion; que sea santísima, etc.: un solo pecado mortal le quita el mérito de todas sus oraciones, de todas sus mortificaciones, de todos sus ayunos, de todas sus limosnas, de todas sus confesiones y comuniones, y en una palabra, de todos sus actos de virtud; de tal manera, que si llegase á morir en aquel estado, nada de aquello le serviría, sería excluida del Cielo y condenada al infierno. Es una verdad consignada en nuestros santos libros: Si el justo sale de la justicia (que es el estado de gracia) y comete la iniquidad, dice el Señor por boca de Ezequiel, excavaré una sima á sus pasos, morirá en su pecado, y el recuerdo de su justicia y del bien que ha hecho no quedará en la justicia de los hombres (1).

4.^o El pecado mortal priva de todos los méritos adquiridos.

(1) Si conversus justus a justitia sua fuerit, et fecerit iniquitatem, ponam offensivum coram eo, ipse morietur, in peccato suo morietur, et non erunt in memoria justitia ejus, quas fecit (III. 20).

5.º El pecado mortal impide que se adquieran nuevos méritos.

Todo el bien que hace el hombre en estado de pecado mortal es perdido para el Cielo, y no será recompensado. Si el pecador permanece diez, veinte, treinta años en aquel estado, todas sus oraciones, todas sus buenas obras no tienen ningún mérito para la vida eterna. Es preciso tener la gracia santificante para merecer la gloria y el aumento de gloria. El pecador que no ha retrocedido ante el pecado mortal se atreve á decir: Soy rico y opulento; nada necesito. No sabes, responde el Señor en el Apocalipsis, no sabes que eres desgraciado, y miserable, y pobre, y ciego, y desnudo: *Quia dicis, quia dives sum, et locupletatus, et nullus ego; et mecum quia tu es miser, et miserabilis, et pauper, et cecus, et nudus.* (III. 17).

Pero, siendo esto así, pueden decir algunos: ¡Mejor es abandonar la oración, la mortificación, la limosna, la confesión y entregarse á la desesperación!

No; es menester, por el contrario, orar más, ayunar, arrepentirse, acercarse á menudo al tribunal de la penitencia y tener confianza en Dios. Es verdad que hechas aquellas obras en estado de pecado mortal no serán recompensadas en la eternidad; pero dispondrán al pecador á convertirse y á obtener misericordia, bienes infinitos que no alcanzaria si perseverase en su iniquidad, y sobre todo si se desesperaba.

Preguntarán tal vez algunos: Si los méritos adquiridos en estado de gracia y perdidos á consecuencia de un pecado mortal no serán recobrados cuando se esté de nuevo en gracia. Serán devueltos íntegramente; tal es la enseñanza de la Iglesia, de los santos Padres y de todos los teólogos...

6.º El pecado mortal quita la vida del alma.

¿Qué es el cuerpo cuando está privado de vida y reducido al estado de cadáver? Es lo más vil, lo más asqueroso y horrible. Así es el alma que ha perdido la vida con el pecado mortal...

Lo que el alma es para el cuerpo, Dios es para el alma; y como el alma es la vida del cuerpo, la gracia es la vida del alma. Cuando el alma se separa del cuerpo, la vida desaparece; cuando Dios se separa del alma, el alma deja de vivir. Así pues el pecado mortal es el que produce esta funesta separación... ¡Qué temible es!...

7.º El pecado mortal destruye todas las virtudes.

Un solo pecado mortal destruye todas las virtudes, todos los bienes y riquezas espirituales. Quita la obediencia, el amor de Dios, la paz, la dicha, la inocencia, etc., é impide una buena muerte.

El pecado mortal cierra la puerta del Cielo, priva del trono, de la corona y de la gloria eterna, de la vista de Dios, de su posesión y de su goce durante toda la eternidad.

El pecado mortal puede, pues, compararse á un ladrón y al peor de todos los ladrones, porque despoja al hombre de sus bienes más preciosos, y despoja de habérselos quitado, le llena de los mayores males.

¡O Jerusalen, exclama el profeta Jeremías, qué despreciable te has vuelto! *Quam vilis facta es!* (II. 36). El pecado es la suprema degradación del hombre; de la misma manera que la suprema degradación de una virgen es la prostitución, que le quita el pudor, la dignidad y la honra. S. Agustín dice admirable.

mirablemente: La excelencia y el bien de la naturaleza humana se manifiesta sobre todo en que se le ha concedido el poder de unirse á la naturaleza del bien soberano é inmutable. Y si se niega á ello, se priva del bien absoluto y es su suprema desgracia; porque con la justicia de Dios cae rápidamente en los sufrimientos y en la ignominia. ¿Qué cosa más horrible y más digna de desprecio puede existir que el querer hallar el bien en el abandono del bien verdadero? No se sienta algunas veces el mal de la pérdida del bien superior, cuando poseemos el bien inferior, que amamos. Pero es propio de la justicia divina hacer que aquel que voluntariamente pierde lo que hubiera debido amar, es decir á Dios, pierda también con dolor lo que ha amado. (*De Civit.*)

El pecador no conoce cuán degradante es el pecado y cuánto envilece al hombre; pero, para que lo sienta, le envía Dios los pesares del castigo...

No comprendo lo que hago, dice S. Pablo: *Quod enim operor, non intelligo.* 2.º El pecado mortal nos ciega.

1.º El pecador no comprende toda la malicia del pecado; porque, si la comprendiese, no lo cometería nunca... 2.º El pecador no comprende bien lo que hace cuando peca, porque obra contra el juicio de su conciencia y de su razón...

No os asociéis á las estériles obras de tinieblas, dice en otra parte S. Pablo; vituperadlas más bien, porque causa vergüenza decir lo que hacen en secreto: *Nolite communicare operibus infructuosis tenebrarum, magis autem redarguite; quæ enim in occulto fiunt ab ipsis, turpe est dicere.* (Ephes. V. 11-12).

El pecado se llama una obra de tinieblas; 1.º porque siendo una obra vergonzosa y condenable, el que lo comete aborrece la luz y busca las tinieblas...; 2.º porque el pecado ciega la inteligencia y la razón... El pecado tiene siempre su principio, ó en el error, ó en la imprudencia, la falta de exámen y de reflexión. Cuando lo cometemos nos hace desconocer la ley; que es guía segura de la conciencia y de la sabiduría. Y en fin, despues que está cometido, aumenta aún las tinieblas en que el alma se hallaba sumergida.

O ciego pecador que te has dormido en tu estado, levántate y sal de entre los muertos, y Jesucristo te iluminará, continúa el apóstol de las gentes: *Surge qui dormis, et exurge á mortuis et illuminabit te Christus.* (Ephes. V. 14).

El pecador, dice S. Crisóstomo, no hace ninguna obra enteramente digna de alabanza; ni una puede presentar, y no comprende las cosas de la salvación: diríase que es un hombre que duerme. Yo añado que sueña y se representa doléites y quimeras; es verdaderamente un hombre dormido (1).

Han dormido su sueño, dice el Salmista, y todos aquellos pecadores que se creían ricos no han encontrado nada en sus manos: *Dormierunt somnum suum, et nihil invenerunt omnes viri divitarum in manibus suis.* (LXXV. 5).

No caigais en el pecado, dice S. Agustín, y el sol de justicia no se ocultará para vosotros; pero, si caéis en el pecado, desaparecerá como el sol cuando se

(1) Peccator vacat, et caret actione honesta nec intelligit ea quæ salutis sunt; æque est dormiens. Rursum somnia videt, et imaginatur voluptates, et ea que non subsistunt; æque est dormiens. (*Homil. ad pop.*)